

LOS ORIGENES FILOSOFICOS DEL PENSAMIENTO DE ANDRES BELLO

Alfonso López Martín

Resumen: *Al rastrear los orígenes filosóficos del pensamiento de Andrés Bello, se advierte enseñada que no había sido educado sistemáticamente en las fuentes de la Historia de la Filosofía. Lo mismo se dice del genial Emmanuel Kant. Bello estudió para ser médico y abogado, no para ser filósofo; la Filosofía que aprendió era la común y obligatoria que se enseñaba en la Universidad de Caracas.*

Por esta razón da la impresión de no conocer la filosofía clásica grecorromana sino por los libros de texto y las explicaciones de clase.

Aunque se sitúa muy cerca del nominalismo, tampoco parece conocerlo en sus fuentes sino en tanto esta corriente está presente en el empirismo inglés. De hecho la escolástica la repudia Bello expresamente.

El racionalismo está igualmente presente en Bello en la medida en que lo está en el empirismo.

Los autores que más influyen en Bello son Condillac, aunque sólo lo cita para refutarlo, y Berkeley que lo defiende casi siempre sin convertirse en su epígono.

La escuela escocesa representa para Bello el estado de la cuestión de la filosofía de su tiempo.

En conclusión, Bello fue filósofo tardíamente y se vio obligado a serlo impelido por la necesidad de fundamentar sus otras teorías, como las gramaticales y las jurídicas. No llegó a crear una filosofía sistemática, pero filosofó con verdadero acierto y genialidad.

En esta investigación vamos a rastrear las fuentes del pensamiento de Bello a partir de los textos del autor y de la visión de algunos de sus intérpretes.

Estas fuentes las podemos clasificar en clásicas antiguas, racionalistas, empiristas, enciclopedistas, escocesas, ideologistas, eclécticas, etc., sin omitir tampoco el nombre de algunos autores que, sin ser filósofos propiamente, influyen en Bello de alguna manera puesto que los cita.

Como en todo creador, los móviles que impulsaron a Bello a realizar la gigantesca obra que llevó a cabo son de mucha significación. Amado Alonso ha situado estos móviles en su contexto histórico (1).

Hijo de la Enciclopedia, Andrés Bello quiso cultivar todos los conocimientos humanos. Las cuestiones del lenguaje interesaron a los principales promotores de la Enciclopedia: Voltaire, Rousseau, Leibnitz, Condillac, así como a sus redactores D'Alembert, Duclos, Du Marsais, Turgot. El racionalismo postulaba para el lenguaje la máxima dignidad. Los logicistas, desde Port-Royal a Leibnitz, veían en el lenguaje un paralelo del pensar; doctrina que aceptan y mantienen no sólo los que adobaban la lógica del lenguaje en psicología, como Condillac, sino los que, como Rousseau, negaban, contra la corriente de su siglo, la naturaleza racional del lenguaje.

Bello cita a Rousseau para expresar con palabras autorizadas su propia estimación del lenguaje:

"Uno de los estudios que más interesan al hombre es el del idioma que se habla en su país natal. Su cultivo y perfección constituyen la base de todos los adelantamientos intelectuales. Se forman las cabezas por las lenguas, dice el autor del *Emilio*, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas" (2).

A todos los capitanes del siglo de las luces, a Bello entre ellos, les importaba el apostolado de la

cultura tanto como su personal ilustración.

El racionalismo del siglo XVIII, refiere Lazo (3), había conducido a una lógica del lenguaje que servía de principio ordenador en el caos creado por los gramáticos empíricos; pero constituyó una amenaza de desorientación en estos estudios, pues creó la gramática general en torno a la entelequia de las categorías gramaticales. El talento ponderado y realista de Bello no se dejó deslumbrar por esta postura. La lógica fue para él un principio de orden necesario, pero no le impidió examinar sin prejuicios la naturaleza del lenguaje.

Según Bello, la filosofía de la gramática debe fundarse en el uso, esto es, en realidades concretas, en hechos localizables en el espacio y en el tiempo, en cuya descripción, análisis y conocimiento podían y debían concurrir tanto las ciencias de la naturaleza como las del espíritu.

Otra gran vertiente del logicismo gramatical proviene de Port-Royal. El humanismo trató de vivificar la gramática tradicional, tan dogmática y tan casuística con la luz de la razón. Para Descartes, razón y lenguaje están en una relación inseparable. Los solitarios de Port-Royal partieron de esa posición y de la idea de que las distintas lenguas son variedades de un tipo único y universal que responde a las exigencias de la lógica. La *Grammaire générale et raisonnée* (1660) gobernó el pensamiento gramatical durante dos siglos, quedando todavía resabios de ella en la enseñanza gramatical. A veces recibía el nombre de "Gramática ideológica" o "Gramática filosófica".

Bello se inició en su juventud dentro de las ideas de Port-Royal reelaboradas por Condillac y por Beauzée. Pero en el Prólogo de su *Gramática*, reacciona contra Port-Royal, rechaza la concepción logicista y limita la amplitud de la Gramática general (4).

Cuando Bello escribía su *Gramática* y la *Filosofía del entendimiento*, estaban naciendo en Europa y especialmente en Inglaterra los trabajos fundamentales de lógica matemática, simbólica, pura, trabajos en los que se tenía de común un repudio hacia la lógica y metafísica tradicionales (5).

En varios pasajes de su obra, declara Bello que algunas de las opiniones sostenidas por él han sido profesadas por Reid, por Dugald Stewart, por Herschell, y, sobre todo, por "el profundo y sagaz Tomás Brown" (6).

También se encuentran diversas refutaciones

de Paley, de Locke, de Reid, de Dugald Stewart, de Juan Stuart Mill y aun del mismo Brown.

En algunos puntos, se adhiere a los principios del filósofo francés Víctor Cousin; pero, en otros, lo combate.

También impugna algunas de las teorías de Condillac, de Destutt Tracy, de Laromiguière, de Prevost de Ginebra y de Jaime Balmes.

Velleman nos advierte (7) que todavía existen lagunas en lo tocante a las fuentes y los métodos de la producción lingüística de Bello. El rara vez comunica con exactitud la fuente de sus observaciones gramaticales; por otra parte, las ideas lingüísticas de Inglaterra de la época que pasó Bello en ese país (1810-1829) no se habían estudiado hasta hace poco tiempo.

Las citas de Bello en sus reconocimientos sugiere que la clave de su concepción gramatical se debe sobre todo a los franceses Destutt de Tracy y Condillac, además de Beauzée. Marco Fidel Suárez y Marcelino Menéndez y Pelayo atribuyen a la *Gramática* el influjo de la escuela de Port-Royal, Beauzée y los demás gramáticos universalistas e ideológicos de la tradición francesa.

No es que no exista tal influencia, pero reside más bien en detalles que en conceptos fundamentales sobre el idioma. Por otra parte, el influjo que puede darse en una obra de juventud como *La Análisis* no tiene por qué darse de igual modo en la *Gramática*.

El impacto de los gramáticos franceses en la obra de Bello parece que se ha exagerado. Primero, porque la obra gramatical de Bello fue práctica, pedagógica, más que filosófica. Segundo, porque, a partir de 1832, Bello abandona por completo las tesis de la gramática racionalista y general. La declinación del sustantivo español no es más que un vestigio de la tradición latina; el concepto de género gramatical debe basarse en principios formales, no semánticos...

Se puede afirmar que, entre 1810 y 1832, tuvo lugar un cambio radical y un desarrollo extremadamente importante en el pensamiento gramatical de Bello. Y da la casualidad que este período coincide con la permanencia de Bello en Londres y con su contacto con los filósofos y gramáticos ingleses y escoceses, junto con el impacto del método científico-descriptivo que tenía gran importancia en la cultura británica de aquel entonces.

De todos estos autores, el que más influyó en Bello en ideas gramaticales fue Stewart, que

escribió una crítica detallada de la gramática filosófica de John Horn Tooke. Según Stewart, este autor y los demás gramáticos universalistas exageraron la perfección del idioma como trasunto fiel del pensamiento. Stewart concluye que la lengua es arbitraria.

Las teorías inglesas, por otra parte, tienen en común la crítica del modelo latino como base de la descripción de otro idioma. Bello toma esta idea de autores como Línley Murray (1745-1826), cuya *Gramática inglesa*, edición de 1815, poseía en su biblioteca particular. Toma de este autor incluso el método tipográfico de publicar los conocimientos más elementales con letra grande y los avanzados con pequeña.

Muy importante es en este punto la amistad e influencia que sobre Bello ejercieron dos emigrados españoles en Londres, ambos opuestos a la tradición clásica española y abiertos a las influencias inglesas. La gramática Vicente Salvá (París 1830) puede considerarse con toda justicia como la antecesora de la Gramática de Bello. El otro emigrado español fue Antonio Puigblanc.

El autor de *Filosofía del entendimiento* no podía, aunque lo hubiera querido, escribir una gramática al estilo de los gramáticos en uso, sin conciencia de los problemas filosóficos implicados por necesidad en tal intento.

Desde el siglo XIV, el lenguaje había sido objeto de consideraciones por parte de los filósofos. Fueron los nominalistas los que proporcionaron las bases de la *Gramática especulativa*.

Los nominalistas otorgaron al estudio del lenguaje tanto empeño y sutileza que merecieron el título gramaticalmente honrosísimo de *nominalistas* (8).

Existe una tradición filosófica inglesa que procede de la escolástica tardía de Duns Escoto y de Guillermo de Occam y que pasa a través de Francisco Bacon hasta terminar en el pragmatismo norteamericano y en el neopositivismo lógico.

Esta tradición se fundamenta en unos pilares especulativos como: a) la experiencia es la única manera de conocer, y b) el ser individual es la única realidad.

El fundamento especulativo y la característica más peculiar de esta reflexión sobre el lenguaje es una actitud metafísica nominalista, que corresponde al empirismo gnoseológico.

Occam dice que el objeto del conocimiento es siempre individual. Los universales son puros nombres (*flatus vocis*), a los que no corresponde

ninguna realidad, ni metafísica, ni mental o conceptual.

La llamada "navaja de Occam" consiste en un principio de economía formulada como "*non sunt multiplicanda entia sine necessitate*". Los seres innecesarios son los universales.

En consecuencia, la metafísica, o sea, la ciencia que está más allá de los datos inmediatos, no tiene razón de ser (9).

ETAPAS DE LA VIDA DE BELLO

A grandes rasgos, en la vida filosófica de Bello, se pueden distinguir tres etapas: a) la iniciación durante sus estudios en Caracas, b) la profundización en ellos durante su larga estancia en Londres y c) la producción de estudios filosóficos en Chile a partir de 1843 hasta su muerte.

A. Etapa caraqueña.

En ella asimila Bello la filosofía aristotélica a través de la escolástica. Pero los escolásticos que influirán decididamente en Bello serán Duns Escoto y Guillermo de Occam, sobre todo éste último, pues se puede afirmar sin riesgo de equivocación que las raíces filosóficas de Bello sobre el lenguaje son nominalistas.

El trasfondo de la *Gramática* de Bello está en su *Filosofía del entendimiento* y aquí está presente la tendencia nominalista de la tradición inglesa que da importancia a las cuestiones gramaticales del lenguaje.

"Don Andrés Bello, en su juventud, nos recuerda Amunátegui (10), estudió a la perfección la doctrina peripatética y escolástica bajo la dirección del presbítero don Rafael Escalona".

Bello se inició en la filosofía moderna durante sus años universitarios. Nos refiere Caracciolo Parra:

"Gasendo y Descartes, Leibniz y Wolff, Malebranche y Berkeley, Bacon, Locke, Condillac y Lamarck, Eximeno y Verney dejaron huellas profundas en la educación de los universitarios caraqueños, que no leyeron (como algunos dicen sin vista ni examen de documentos) a escondidas y en el deseo de formarse por propia cuenta, sobresaltados por la Inquisición, sino que los recibieron, a ciencia y paciencia de todo el mundo, de labios de los catedráticos de la Universidad, clérigos y seculares, por lo menos desde 1788 en adelante" (11).

Especial influencia debió ejercer en esta época sobre Bello el pensamiento de Condillac,

pues parece fundamentado que tradujo la segunda parte del *Arte de escribir*.

B. Etapa londinense

Londres constituye para Bello el ambiente apropiado para profundizar en sus estudios filosóficos predilectos: el empirismo y, especialmente, los filósofos de la llamada escuela escocesa.

Durante su larga permanencia en Londres, estudió y meditó con mucha detención las teorías de los filósofos ingleses.

Sólo hizo publicaciones relativas a la filosofía desde el año de 1843.

En esos artículos, Bello se propuso consignar las doctrinas psicológicas que la reflexión personal y la práctica de la enseñanza le habían llevado a adoptar (12).

En Londres conoció Bello a James Mill y, aunque el *Análisis de los fenómenos del espíritu humano* no se publicó sino hasta el año en que Bello abandonó Londres, debió conocer su pensamiento por otros medios.

Por intermedio de James Mill, conoció Bello personalmente a Jeremías Bentham, quien le encomendó, mediante remuneración, la transcripción de sus casi ilegibles manuscritos.

Por la fecha de edición, Bello pudo haber leído en Londres las *obras completas* de Destutt de Tracy, editadas en 1825; las *Lecciones de filosofía sobre el pensamiento humano* (1820) de Tomás Brown; *Los elementos de filosofía del espíritu humano* (1827) de Dugald Stewart; y otros.

Incluso anteriormente pudo conocer las obras de Juan Locke; las de David Hume (1779); las de Pedro Cabanis (1802), etc.

C. Etapa chilena

Son posteriores a la estancia de Bello en Londres las publicaciones de las obras de Tomás Reid (1846), de Pedro Laromiguière (1842), y, sobre todo, las de Jouffroy y Hamilton, aunque a este último parece desconocerlo, pues nunca lo cita (13).

Aunque Bello pudo haber leído una edición latina de las obras de Kant (1798), parece ser que sólo lo conoció a través de Víctor Cousin, según opina García Bacca (14).

En cambio, Bello siguió a Berkeley durante toda su vida: desde sus estudios caraqueños hasta sus últimas lecturas chilenas, pues, como observa

Gaos (15), su doctrina representa para Bello algo así como la última palabra en filosofía.

RAICES CLASICAS GRECORROMANAS DEL PENSAMIENTO DE BELLO

Por el modo con que cita Bello a los filósofos antiguos, pareciera que no los conoció directamente, sino por medio de la escolástica, a la que, como veremos, ridiculiza en más de una ocasión.

El Dr. Tomás Reid, representante de la escuela escocesa, que constituye para Bello el estado actual de los conocimientos, refuta "las groseras hipótesis de los antiguos, representadas por la poesía de Lucrecio, que no tocan el pelo de la ropa (si se me permite esta expresión) de la teoría moderna" (16).

En otro lugar (17), emite Bello otra afirmación negativa sobre la filosofía antigua a propósito de poner un ejemplo del uso del adverbio *no* en el juicio: "Los filósofos antiguos *no* conocieron el verdadero modo de estudiar la naturaleza". Este ejemplo adquiere mayor valor por cuanto es posible que surgiera espontáneamente del ánimo de Bello, dadas sus circunstancias históricas.

En general, como observa Gaos (18), no menciona Bello a los filósofos antiguos más que a título de ilustración incidental. Diferente a la postura del filósofo, es la actitud de Bello respecto a los antiguos en cuanto humanista, pues los escritos de los antiguos conservan para él su belleza arquetípica en los tiempos modernos.

A Homero lo cita a modo de ejemplo cuando trata del círculo vicioso. Las expresiones de Homero son las más propias porque son de Homero; luego encarecemos la exquisita propiedad de su lenguaje porque Homero emplea siempre las expresiones más propias.

Pero el círculo vicioso de la dicción literaria no se limita al lenguaje. Juzgamos *a priori* sobre el conjunto de que todo es excelente en Homero y luego calificamos *a posteriori* de excelente todo lo que se encuentra en sus obras (19).

A los filósofos presocráticos los cita escasamente y de manera circunstancial. A Zenón de Elea (s. IV a.C.) a propósito de los ratiocinios demostrativos (20). Somete a examen el argumento con que Zenón se proponía probar que no hay movimiento. La conclusión de Zenón resulta falsa;

pero ¿esta falsedad depende de las premisas o del proceder deductivo de Zenón? Y concluye que la falacia del argumento está en la operación deductiva, pues aplica al raciocinio un modo inconveniente de procedimiento. También lo cita en el capítulo de las causas de error (21), donde afirma que el silogismo de Zenón es ejemplo de raciocinios espúreos.

A Pirrón, (360-270 a.C.), lo cita en el capítulo sobre la materia (22). Lo nombra para mostrar la analogía entre las malas interpretaciones del filósofo antiguo y las que modernamente se hacen de las de Berkeley; pero lo probable es que Pirrón fuese tan mal interpretado en la antigüedad como Berkeley entre los modernos.

A Euclides, (450-380 a. C.), lo cita en un apéndice de la Lógica (23) dedicado al análisis y a la síntesis, para decir que sus *Elementos* siguen la demostración sintética.

A Platón, (427-347 a.C.) no se puede referir de otra manera más escueta (24):

“Tenemos cierta propensión a revestir de un ser real, de una especie de sustancia, todo aquello que se significa por un sustantivo. La filosofía de Platón, en gran parte, no se reduce a otra cosa”.

En cambio, el nombre de Aristóteles, (s. IV a.C.) aparece en media docena de páginas, siempre a propósito de temas de la Lógica. En el capítulo sobre los raciocinios demostrativos (25), dice que Aristóteles no trató aquellos silogismos en que el medio sirve de sujeto al sujeto de la conclusión y de predicado al predicado de la conclusión. Tres páginas más adelante (26), se refiere a las tres reglas de conversión de sujeto y predicado en el silogismo.

En el capítulo dedicado al raciocinio en materia de hechos, reconoce Bello y defiende lo peculiar de la inducción aristotélica y la imposibilidad de reducirla al silogismo (27).

Finalmente, en el *Curso de Filosofía por N.O.R.E.A.*, afirma Bello que el progreso de la Lógica ha sido constante a partir de Aristóteles (28). Además declara que ya Aristóteles había demostrado que no todo raciocinio es silogismo (29).

A Plinio el Joven (62-113) lo cita en el capítulo de la sugestión de los recuerdos (30) cuando dice que este filósofo proporciona al Dr. Brown abundantes ejemplos para la doctrina de la asociación de ideas, doctrina que rechaza Bello

enfáticamente.

A propósito de los sentimientos morales, Bello también cita a Epicuro y lo reivindica de las interpretaciones erróneas que se han hecho de este famoso filósofo (31).

Mayor atención le merece a Bello la escolástica. La educación filosófica de Bello comenzó con la doctrina peripatético-escolástica de Rafael Escalona, venezolano (1773-1853). A este propósito describe Julio Jiménez (32) tal educación:

“La enseñanza de Escalona era un escolasticismo del desvaído tipo setecentista, con predominio de cierto nominalismo y del voluntarismo escotista, pero bastante ecléctico e “invertibrado”, abierto incluso a las nuevas corrientes filosóficas y más aún a las ciencias físicas (. .) y no poco “antiescolástico” (. .)”.

En 1797, año en que Bello iniciaba sus estudios de Filosofía, se abrió un curso para seglares en que se usaba el método racional. Ello —nos advierte García Bacca (33)— salvó a Bello de la “jerigonza bárbara” de la escolástica, pues era tan lamentable esta enseñanza que la Santa Sede se vio obligada a intervenir.

Bello, sin embargo, supo distinguir entre el escolasticismo decadente y las grandes figuras de la escolástica. De este sistema conserva Bello doctrinas tales como la idea de la existencia de Dios, la distinción entre la fe y la razón, la independencia entre los dogmas cristianos y la escolástica, el nominalismo en lo que al interés por el lenguaje, la preocupación por la gramática y la lógica y la preferencia por el simbolismo y el calculismo lógicos.

A los nominalistas los nombra Bello en el capítulo dedicado a las percepciones intuitivas (34), donde atribuye el error de creer que percibimos las modificaciones y no la sustancia al prestigio que ejercen sobre nosotros los nombres abstractos.

La mayor parte de las citas de Bello sobre los escolásticos las hace a propósito de las cuestiones lógicas y precisamente en el capítulo dedicado a los raciocinios demostrativos (35), lo que es normal, pues allí hace una especie de resumen de la lógica escolástica.

En el capítulo dedicado a las causas de error (36), afirma que la filosofía escolástica se reduce al silogismo, perdiéndose en abstracciones sutiles sin aplicación a ninguna arte ni ciencia.

En una nota a la *Filosofía fundamental* de

Jaime Balmes, se refiere a las algarabías de los escolásticos (37) y en otros lugares se refiere a los escolásticos con cierto desdén, lo cual responde a la actitud típica que se tenía de ellos en la segunda mitad del siglo XVIII.

Dentro de la línea más o menos escolástica, Bello cita en una nota (38) al filósofo italiano Pedro Pomponazzi (1462-1525). Según este autor, la razón sola no puede probar la inmortalidad del alma; pero estamos obligados a creer en ella como verdad revelada. Bello comenta que el aparente acatamiento al dogma por parte de Pomponazzi no engañó a nadie de sus contemporáneos, quienes lo tuvieron por materialista. Si se hubiera limitado a sostener que de la inmaterialidad del alma no se sigue su inmortalidad, hubiera sido difícil refutarlo.

RAICES RACIONALISTAS DEL PENSAMIENTO DE BELLO

García Bacca (39) afirma que no hay datos para determinar influencias especiales del racionalismo sobre el pensamiento de Bello. Sin embargo, se sabe que Descartes, Malebranche, Leibniz, Clarke y otros filósofos del racionalismo eran conocidos en la Universidad de Caracas en los años en que Bello cursaba sus estudios. El uso que Bello hace de sus enseñanzas en *Filosofía del entendimiento* no rebasa el aprendizaje de las aulas o las lecturas generales.

Esta corriente filosófica, como apunta también el propio García Bacca (40), no estuvo representada en la Universidad con la misma amplitud y prestigio que el empirismo y el sensualismo. El concepto de Bello sobre el espíritu humano, por ejemplo, tiene una clara filiación cartesiana (41). Lo concibe como segunda potencia, como conciencia de conciencia; pero, sin embargo, queda este concepto en Bello como idea-signo (42).

A Leibniz (1646-1716) lo cita unas cuatro veces en toda la obra filosófica. Pero, como observa Gaos, le da una de cal y otra de arena (43). No repugna, como pensaba Leibniz, que la inteligencia divina eligiese arbitrariamente una forma o especialidad entre las infinitas posibilidades (44). Afirma también que Leibniz toma el principio de razón suficiente en el sentido de necesidad absoluta y que incurre en una petición de principio (45). Pero se adhiere a Leibniz contra Clarke en el concepto de espacio y tiempo (46), concepto que

apoya y remacha en el escrito *Filosofía fundamental de Jaime Balmes* (47).

A Kant (1724-1804) lo cita Bello media docena de veces. Dos de ellas en el capítulo sobre la relación de causa y efecto. Una, para refrendar el concepto de que el espacio y el tiempo son tipos a los que amolda el hombre sus percepciones (48). A continuación, para especificar que el espacio y el tiempo son condiciones *a priori* de nuestros conocimientos empíricos (49).

En el capítulo sobre los conocimientos (50) trata Bello de los juicios analíticos y explica cómo Kant los llama también explicativos o ilustrativos.

En el escrito filosófico titulado *Refutación del eclecticismo* (51) vuelve Bello a mencionar a Kant a propósito de que la contradictoria obra del ecléctico Cousin tiene origen en las sucesivas influencias que soportó.

En el *Curso de filosofía moderna por N.O.R.E.A.* (52), vuelve Bello a la cita de Kant junto al nombre de Cousin. En esta ocasión hace Bello una defensa de nuestra lengua castellana para usos filosóficos, critica duramente la manía de ciertos autores que no aciertan a escribir sobre filosofía sin introducir en sus escritos toda clase de anglicismos o germanismos y menciona a los filósofos franceses como modelos en esta actitud de rechazar barbarismos.

Según Gaos (53), Bello parece no conocer a Kant sino a través de Cousin (1792-1867). Los temas kantianos que menciona Bello se pueden esquematizar así:

- idealidad del espacio y del tiempo,
- cómo el Ser Supremo lo ve todo como presente,
- cómo las formas de espacio y tiempo son correlativas a las inteligencias humanas.
- cómo el espacio y el tiempo son condiciones subjetivas,
- cómo existe una semejanza entre las sanciones y sus causas,
- cómo el conocimiento humano está condicionado por principios racionales *a priori*,
- cómo los juicios se clasifican en *a priori* y *a posteriori* y en analíticos y sintéticos.

La razón principal por la que parece que Bello no leyó directamente a Kant está en el hecho de que no sabía alemán y las traducciones de las obras kantianas al inglés y al francés son posteriores. Sin embargo, como anota Julio Jiménez (54), Bello pudo haber leído la versión latina de las obras de Kant hecha por Born (Leipzig, 1796-1798), la cual utilizaba Ventura Marín en

Chile desde 1834.

A otros autores racionalistas o idealistas sólo los cita Bello de pasada. En *refutación del eclecticismo* menciona los nombres de Fichte, Schelling y Hegel, junto al de Kant, para mencionar las contradictorias influencias sobre Cousin (55). Sobre Fichte en particular hace en otro lugar (56) una mención circunstancial.

RAICES EMPIRISTAS DEL PENSAMIENTO DE BELLO

Si las raíces filosóficas de Bello no son clásicas ni racionalistas, ¿lo serán entonces empiristas? Esa es la impresión que se desprende de un somero examen, impresión que trataremos de comprobar.

Para citar un juicio general, quizá de poco valor por su generalidad, pero precioso por su autor, he aquí lo que dice Pedro Henríquez Ureña (57):

"en su *Filosofía del entendimiento* sigue una ruta media entre las varias ideas atrayentes del pensamiento inglés, ya acercándose a Hume, ya a Berkeley, ya a Hamilton, ya anticipando a Stuart Mill".

Bello pertenece, sin duda, a la escuela filosófica inglesa, nos dice su biógrafo Amunátegui (58).

Bello se siente afiliado al empirismo inglés y se duele de que los filósofos alemanes llamen a la metafísica ciencia trascendental y apenas se dignen volver los ojos a lo que ellos llaman desdeñosamente empirismo, esto es, a las verdades que sólo nos constan por la observación y la experiencia (59).

Para Bello, el progreso decisivo de la filosofía se realiza con la filosofía inglesa moderna de tal manera que la historia de los filósofos se puede dividir en dos grandes etapas: los anteriores a Bacon y Hobbes y los posteriores a ellos. La distinción la hace a propósito de la relación de causalidad (60). Los filósofos de la primera etapa atribuyen a esta relación una especie de fuerza misteriosa, error producido por el lenguaje metafórico y compartido por el vulgo y por los filósofos.

Bacon es el padre de la filosofía experimental, pues, a partir de él, todos los filósofos han creído que la observación directa no es aplicable a los fenómenos de la inteligencia (61). Es más, sin método psicológico ni siquiera puede haber filosofía (62).

Bello cita también a Bacon (1561-1626) a propósito de las causas finales:

"Causarum finalium inquisitio sterilis est, et tanquam virgo Deo conservata (sic) non parit" (63).

A Hobbes lo cita Bello a propósito de la relación de causa y efecto (64):

"La conexión que forma el entendimiento entre las causas y los efectos, resulta de una tendencia o instinto..." "Observar estas conexiones, determinar exactamente sus circunstancias, es el grande asunto de la experiencia en la vida..." "Lo que llamamos experiencia, dice Hobbes, no es más que la memoria de ciertos nexos de antecedentes y consecuentes..." "Las expresiones metafóricas de que nos servimos para significar la relación de causalidad, han dado ocasión a que no sólo el vulgo, sino los filósofos mismos hasta la edad de Bacon y Hobbes, se figurasen en las causas cierta acción misteriosa, distinta de la mera invariabilidad de su precedencia a los efectos..."

Más adelante (65), dice que en la teoría de Hobbes y Locke, la causa del día no es la noche o viceversa, sino que se dan un fenómeno antecedente y otro superviniente, esto es, la presencia o ausencia del sol.

También se refiere Bello a Hobbes (1588-1679), a propósito de la moralidad de los actos humanos (66). Dice que, según Hobbes, la imputabilidad la constituye la volición, no la relación de causa y efecto.

Hobbes trata del lenguaje cuando examina la naturaleza del hombre y la vincula con el Estado. Nace el lenguaje de la experiencia y tiene la función de recordarla cuando ya ha pasado. El lenguaje se relaciona con el conocimiento y la adquisición de la ciencia sólo puede radicar en la correcta adquisición del lenguaje. El lenguaje tiene también la función de servir para la comunicación y convivencia entre los hombres.

Se hace necesario rechazar todos aquellos términos que no provienen de la experiencia, como "entidad", "quididad", etc.

Entre los abusos del lenguaje, registra Hobbes la inconstancia de significación de las palabras, el abuso de las metáforas, preocupaciones que encontramos también en Bello (67).

Bello conoció bien a Locke (1632-1704) y entre los años 1802 y 1807 tradujo el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, según su biógrafo (68):

“La afición que desde muy joven tuvo al estudio de la filosofía, le hizo escoger por primer texto de traducción inglesa el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, escrito por Locke; y esa misma afición, estimulando en él la curiosidad de conocer hasta el fin la serie de raciocinios del célebre pensador, lo sostuvo para ir superando las dificultades de la versión”.

En el libro III del *Ensayo*, se ocupa Locke del lenguaje. Lo concibe como íntimamente ligado a la naturaleza sociable del hombre, como signo de concepciones interiores que permite la transmisión del pensamiento.

El nominalismo de Locke es menos radical que el de Hobbes, pues el carácter universal abstracto de los nombres le permite señalar multitud de esencias particulares. Sin embargo, esta universalidad sólo tiene una función práctica, no cognoscitiva. General y universal no pertenecen a las cosas, sino que son inventos del intelecto. Las palabras no se deben usar para designar cosas que no se conocen. De aquí la actitud antiveralista de Locke, parecida a la de Hobbes, en el sentido de que no hay que sustituir ni confundir la realidad con la palabra (69).

A Locke lo cita Bello en cuatro de los capítulos de la *Filosofía del entendimiento*. En el correspondiente a la sucesión y la coexistencia, afirma que Cousin acusa a Locke de confundir los conceptos de sucesión y duración (70), pero en el de la causa y el efecto especifica asimismo que el concepto de Cousin también es errado (71).

En el capítulo sobre las ideas-signos afirma que los trabajos de Locke, Berkeley y Condillac no están purgados de la ilusión que producen los nombres abstractos (72) y, en el capítulo sobre la teoría de las percepciones sensitivas externas, rechaza el concepto lockiano de la división de las cualidades en primarias y secundarias, dando la impresión de que ignora que esta división es cartesiana. Allí mismo afirma que la teoría de Locke sobre la tactibilidad es inexacta (73). Con todo, Bello considera que Locke es uno de los primeros representantes de la filosofía moderna del entendimiento.

En cuanto a Berkeley (1685-1753), como resume Julio Jiménez (74), Bello toma partido en favor de su posición básica, opuesta a la sustancialidad de la materia, procurando hacer comprender lo que él cree que es su exacto sentido y alcance, defendiéndolo ardorosamente contra todos los ataques y admitiendo de plano que, aunque no se puede demostrar esta doctrina como necesaria, es

posible e, inclusive, inobjetable.

La presencia de Berkeley en la obra de Bello es mucho más considerable que la de Locke. Al tratar de la relación de extraposición (75), dice Bello que la idea de extensión la vio por primera vez Destutt-Tracy. Un cuerpo es extenso porque consta de partes y pasar de una parte a otra requiere movimiento. En una nota a este texto, dice Bello que el perspicaz Berkeley había columbrado ya esta verdad.. ¿Podríamos formarnos la idea de extensión antes que la de movimiento? Si alguien no ha percibido el movimiento, ¿podría haber concebido que una cosa distaba de otra?

Lo más peculiar de la teoría de Berkeley sobre el lenguaje es su doctrina sobre la abstracción. Más radical que Locke y en la línea de Occam, Berkeley desconoce el valor del conocimiento abstracto, en nombre de lo concreto y del sentido común.

Para Berkeley todo lo que existe es particular. Una palabra no adquiere sentido general por convertirse en signo de una idea general abstracta, sino de varias ideas particulares. Las palabras en tanto en cuanto signos de una pluralidad, son generales, pero no representan ideas abstractas, esto es, son generales o universales por su función, pero no por su génesis.

Las palabras inducen con frecuencia a error y ello se debe a que el pensamiento no siempre se limita a las ideas, esto es, a los objetos de experiencia, y constituye las palabras en autónomas, es decir, sustituidoras de ideas.

Cabe observar que Bello toma de Berkeley esta última teoría y la desarrolla en su doctrina de las ideas-signos, como se explica en otro lugar (76).

Así como Laplace pretendió no haber necesitado de la hipótesis de Dios para comprender y explicar el universo, Berkeley pretendía que no necesitaba de la hipótesis de la materia para conseguir igual objeto (77).

Cuando Bello reflexiona sobre la relación entre la vista y el tacto (78), señala que Berkeley observó en Italia que los palacios parecían más cerca de lo que estaban. Este fenómeno lo atribuyó Berkeley a la pureza del aire en Italia. En esto pueden compararse los pintores italianos y los flamencos. En el aire espeso y nebuloso, exageramos las dimensiones y distancias de los objetos. La apariencia es signo de distancia y ésta, combinada con la magnitud, puede inducir a significar un objeto táctil engañoso. Signos e ideas van encadenados.

En otro lugar (79), dice que lo que Locke dejó de explicar a Berkeley le pareció inexplicable. Las ideas no son copias o semejanzas de cosas externas, sino de otras ideas. Las cualidades primarias no difieren de las secundarias y, si es imposible las semejanzas entre nuestras ideas y las cualidades materiales, entonces no es preciso que exista la materia.

Y poco más adelante (80), señala que Berkeley no dudó de que la sensación tenga una causa distinta del alma. Niega la sustancialidad de la materia, pero no que las sensaciones tengan una causa distinta del ser que siente. Estas causas son para Berkeley leyes puestas por Dios. También hay diferencia entre las percepciones actuales y las percepciones recordadas o ideas.

Pero en el capítulo donde Bello muestra un especial apego a Berkeley es en el que trata sobre la materia (81). ¿Nos alimentamos o vestimos de influencias? La escuela de Berkeley diría que sí y nada hay en ello de absurdo. Lo mismo sucede en la explicación materialista. La diferencia está en que los materialistas suponen un intermedio entre la Causa Suprema y los espíritus, y nosotros no. Ellos suponen la sustancia material y a nosotros —berkeleyanos y Bello— nos bastan las leyes constantes para explicar lo que los materialistas atribuyen a la materia. Porque los que no reconocen sino la materia, le atribuyen propiedades divinas y la escuela de Berkeley se lisonjea en probar que la existencia de la materia no sólo es innecesaria, sino imposible. De esta manera, intenta derribar el materialismo absoluto, pero en este intento flaquea. Por su parte, los antagonistas de Berkeley presentan dos mundos: el que está fuera de los espíritus y el que está dentro de él. Este último como traducción de aquél. Los partidarios de Berkeley van demasiado lejos al afirmar que es imposible que el drama del espíritu pueda ser traducción del otro exterior. Las apariencias, sin embargo, se explicarían lo mismo en un sistema que en otro. La conducta humana tampoco variaría, pero, en el sistema de Berkeley, no se dan verdaderos esfuerzos, porque no hay cuerpos ni órganos, sino sólo sensaciones de esfuerzos. La moral también sería la misma; igual también los descubrimientos científicos. El dolor de una quemadura no sería menor en un sistema que en otro.

Más adelante (82), compara Bello el sistema de Berkeley con el de Pirrón y concluye que ambos han sido igualmente mal interpretados.

Pero lo importante es que la cuestión de la

existencia real de los cuerpos es del todo fútil. Una cosa es el enlace constante de las afecciones del alma y otra cosa es la naturaleza de éstas. Berkeley no trató de debilitar el testimonio de los sentidos. Lo que niega es que las sensaciones sean producidas por entes reales. Conserva las leyes de la naturaleza física. La diferencia entre cuerpos reales y fantásticos se conserva. Para Berkeley la realidad de los cuerpos sólo tiene que ver con la correspondencia en las sensaciones (83).

Lo que pretende Berkeley es que la noción de sustancia es obra de los filósofos. Explicando el sistema de Berkeley a gentes de buena razón creerán que la filosofía trata de probar quimeras y absurdos. Una cosa es lo que dice Berkeley y otra lo que dicen sus antagonistas sobre él (84).

¿Qué es la materia? Berkeley admite que sea causa de sensaciones, cosa que niegan sus adversarios que él lo admita. La mejor ilustración que se puede dar a las ideas de Berkeley son los sarcasmos de sus antagonistas (85).

Más adelante especifica (86): ¿Se reduce el universo a un vacío y sueño? pero si ese sueño es universal y compartido, ¿qué importa que sea así? La cuestión de la sustancia material no puede ser más frívola ni estéril. El intermedio no explica nada. Además, aunque la doctrina de Berkeley pudiera admitirse filosóficamente, se opone a ciertos dogmas del catolicismo.

En el capítulo de la Lógica dedicado a los conocimientos (87), Bello compara a Berkeley y Reid y dice que el vulgo no tiene noción de la sutil diferencia del modo de existir la materia que hay entre estos dos filósofos.

La comparación vuelve a tener lugar en el capítulo destinado a las causas de error (88). El Dr. Reid cree que, destruidas las ideas, cae por tierra la teoría de Berkeley. Pero los berkeleyanos arguyen que, como no percibimos sino nuestras propias afecciones, tampoco percibimos los objetos exteriores, pues entre las cosas y las ideas no puede haber semejanza.

En los *Elementos de ideología* (89), dice Bello que los profundos conocimientos de Locke, Malebranche y Berkeley... no siempre han sabido aprovecharse.

En la *Refutación del eclecticismo* (90), dice que Locke, Berkeley, Reid, Stewart, miraron las percepciones de la conciencia como fuente de todos nuestros conocimientos sobre el alma, en lo que consiste el método psicológico.

En la *Filosofía fundamental de Jaime Bal-*

mes (91), añade otro dato sobre Berkeley. La revelación, dice Bello, no influye en favor del materialismo ni del idealismo, aunque Berkeley, como protestante, sostenía su idealismo contra la Iglesia Romana. Pero el idealismo berkeleyano lo que hace es sustituir los objetos sustanciales por leyes establecidas por el creador.

Concluyendo con Gaos (92), pareciera que Berkeley es la última palabra para Bello en materia de filosofía.

A Adán Smith (1723-1790) lo cita Bello en el capítulo que titula *De la vista como significativa del tacto* (93). Dice que el Dr. Smith observa que el cenit nos parece más cercano que el cielo recortado por el horizonte debido a la cantidad de objetos que tenemos delante de la vista.

A David Hume (1723-1776) según Gaos, no lo conoció Bello directamente, o a lo menos, tuvo reparos en aparecer escéptico como aquél (94). Lo cita, sin embargo, a propósito de la falencia de la memoria (95). Esta puede tener lugar hasta en el raciocinio demostrativo. De aquí dedujo Hume que aun las verdades demostradas no son nunca para el entendimiento sino meramente probables. La consecuencia es rigurosa, pero, cuando se dan todas las condiciones, la confianza en el ascenso no puede dejar lugar a dudas.

Hume absolutiza de tal manera la experiencia, que niega la realidad de las sustancias. Admite sólo dos tipos de conocimiento seguro: el cierto, propio de la matemática, y el derivado de la experiencia. A las ideas abstractas les niega todo valor cognoscitivo (96).

A Jeremías Bentham (1748-1832), lo cita una sola vez en el escrito titulado *Teoría de los sentimientos morales* (97), donde lo denomina el corifeo de los utilitaristas. Se sabe que, por intermedio de James Mill, Bello estuvo en contacto con Bentham y que transcribió algunos de los manuscritos de éste, trabajo difícil debido a la mala letra de Bentham. García Bacca trata de identificar estos manuscritos y concluye que no es fácil hacerlo. Las obras completas de Bentham aparecen de 1838 a 1843. Esteban Dumon tradujo algunos de estos manuscritos y de esta versión francesa se hizo la edición inglesa (98).

Stuart Mill era unos veinticinco años más joven que Bello, aunque murió pocos años después que este último. Lo cita unas cuantas veces en el capítulo dedicado a la relación de causa y efecto (99).

También lo cita al tratar del método de las

ciencias de hecho. En ambos lugares lo impugna. Se ha exagerado también a veces la influencia de Mill sobre Bello. Gaos la niega (100). Una cosa es coincidir en ciertos puntos y otra es tener influencias. Mill llegó demasiado tarde a manos de Bello.

Bello conoció la persona y la obra de James Mill (1773-1836), padre de Stuart (1806-1873). James Mill desarrolló la doctrina utilitarista de su amigo Bentham. Trató de mostrar que todos los mecanismos psíquicos son explicables por asociaciones y disociaciones, según la ley de contigüidad en el espacio y en el tiempo. Así se explica la semejanza y el contraste.

Reacciona contra el atomismo mental de James Mill en que el espíritu queda reducido a puntos de conciencia. Como observa García Bacca (101), el enfrentarse a la personalidad de este filósofo inglés demuestra el calibre de la personalidad de Bello.

Con menor detención, cita Bello también a otros filósofos. A Samuel Clarke (1675-1729), de línea racionalista, lo cita a propósito de la causa y efecto (102) y de la extraposición (103). En el primer lugar, lo cita para probar la existencia de Dios y para rechazar la noción de razón suficiente; en el segundo, lo impugna en su concepción del espacio y del tiempo.

A Juan Silvano Bailly, francés (1736-1793), lo cita en el capítulo sobre el raciocinio en materia de hechos (104). Lo llama elocuente filósofo. La simplicidad, dice, no es una idea de la infancia del mundo, sino de la madurez del hombre.

A Pedro Lagomigüière, francés (1756-1837), lo cita en una nota (105) del capítulo titulado *Percepciones sensitivas internas*, para negar que el alma, afectada por los órganos, reaccione sobre ellos. Esa actividad se da más adentro: en el entendimiento.

A Juan Herschell, inglés (1792-1871), lo cita de pasada en La Lógica, sobre todo a propósito del anuncio del descubrimiento de Urano (106).

A Agustín Juan Fresnel, francés (1788-1827), lo cita a propósito de la doble refracción (107).

A Carlos de Linneo (1707-1778), lo cita a propósito de las reglas de la división y la clasificación (108).

A Evangelista Torricelli, italiano (1608-1647), lo cita a propósito de su experimento sobre la gravedad del aire (109).

A Juan Keplero (1571-1630), lo cita a propósito de sus tres leyes (110).

A Isaac Newton (1642-1727), lo cita a propósito de las ideas-signos (111).

A Francisco Juan Arago, francés (1786-1853), lo cita a propósito de un experimento con la aguja magnética (112).

Finalmente cita a NOREA, especie de sigla de "un antiguo profesor de filosofía". Parece responder a Ramón Briceño o Briseño, chileno (1814-1896). Le dedica un escrito: *Curso de filosofía moderna*.

Dice que su trabajo es aceptable y que emplea un lenguaje claro y correcto (113). Se queja de la manía de plagar el lenguaje filosófico de locuciones extranjeras (114). Dice que es un error garrafal mezclar concepciones diferentes (115).

LA ESCUELA ESCOCESA Y BELLO

El sistema más citado en el tratado filosófico de Bello es el de la escuela escocesa, no porque Bello crea que es el mejor o más autorizado —muchas veces lo contradice—, sino porque lo considera un poco como el más actual, como la última palabra.

El primero de los grandes representantes de esta escuela, su fundador, fue Tomás Reid, escocés (1710-1796). Para él, el mobiliario del espíritu no lo constituyen las ideas, sino los juicios. Estos constituyen el sentido común.

Tomás Reid se opone al empirismo puro de Locke, al inmaterialismo de Berkeley y al fenomenismo de Hume. Bello, aunque más cerca de Berkeley que de ningún otro, recibe influencias de Reid, pues, entre la explicación de la percepción de Reid y Bello se observan ciertas similitudes.

Como observa Gaos (116), lo fundamental de la escuela escocesa es la teoría de la percepción. Reid creyó que era un deber para él acudir a ella espantado de las consecuencias que Berkeley derivaba del supuesto absurdo de la semejanza entre las afecciones del alma y las cualidades corpóreas.

Gaos también se pregunta si Reid influye sobre Bello y encuentra que sí, sobre todo en la doctrina sobre la duración (117). Si ésta consiste en un conjunto de actos, éstos son también duración. La duración queda, pues, sin explicar. Pero la dificultad sólo prueba que no se trata de un concepto fácil (118).

Al hablar de la percepción (11), Bello recurre a Reid para mostrar el papel desempeñado por los sentidos: quien ve es el alma; decir que los ojos

ven es metáfora, es como decir que el telescopio ve.

Cuando Bello trata de la relación de causa y efecto (120), apoya a Reid en su rechazo de la causalidad como sucesión constante, pero encuentra que se quedó corto en su argumentación.

En el capítulo titulado *De la vista como significativa del tacto* (121), sigue a Reid en varias de las observaciones fisiológicas sobre la visión.

En el capítulo *Teoría de las percepciones sensitivas externas* (122), Bello reconoce que Reid estableció una nueva teoría de la percepción al reaccionar contra la semejanza entre las afecciones del alma y las cualidades corpóreas. Distinguió entre la sensación y la percepción, una sigue a la otra. Pero esta teoría de Reid adolece de suposiciones, algunas de ellas inaceptables. Bello se extiende en el análisis de las razones que limitan contra "el ilustre filósofo".

En el capítulo titulado *De la sugestión de los recuerdos* (123), Bello cita a Reid a propósito de su teoría del lenguaje. Según el Dr. Reid, el lenguaje se divide en natural y artificial. El natural es previo y no procede de la invención. Sus elementos son: las modulaciones de la voz, el semblante, los ademanes...

En el capítulo sobre la materia (124), cita de nuevo a Reid a propósito de la doctrina berkeleyana. "*Lo toco, luego existe*", dice Reid remedando a Descartes. Se trata de un raciocinio producido por el instinto. Reid lanza una especie de sarcasmo contra Berkeley cuando afirma que, quitada del entendimiento la sustancialidad de la materia, el universo desaparece...

En el capítulo sobre los conocimientos (125), dice Bello que el vulgo no distingue entre las doctrinas de Reid y Berkeley sobre la existencia de la materia.

Más adelante (126), Bello cita a Reid a propósito de la definición del juicio y, cuando trata del raciocinio en materia de hechos (127), lo cita de nuevo para analizar la teoría de Reid de que la analogía no sirve tanto para fundamentar los juicios como para responder a las objeciones. Bello considera errónea esta teoría y afirma que muchos descubrimientos se deben a la analogía.

Al tratar sobre las causas del error (128), dice Bello que uno de los errores es debido a los prejuicios profesionales. Por ejemplo, el matemático tiende a cuantificar incluso aquello que no es cuantificable. Esta es doctrina de Reid.

En el mismo capítulo, al tratar de la *ignotio elenchi* (129), dice Bello que Reid cae en este error porque, destruyendo la teoría ideal, cree haber construido las bases para la ciencia en el mundo material o de la sustancialidad de la materia. Y poco después (130), dice que el gran mérito del Dr. Reid consiste en haber dirigido su atención a los principios del raciocinio y haber demostrado su existencia y valor irrefragables.

En *Elementos de ideología* (131), dice Bello que es necesario aprovechar lo útil de varios filósofos, entre los que nombra al Dr. Reid.

En *Refutación del eclecticismo* (132), cita la teoría del Dr. Reid sobre las ventajas del método psicológico, fuente de los conocimientos sobre el alma.

Finalmente, en *Filosofía de Mr. Rattier* (133), dice Bello que lo mejor del Dr. Reid consiste en sus investigaciones sobre la fisiología de la vista.

En conclusión, Bello cita a Reid a lo largo de toda su obra filosófica. Unas veces lo refuta y otras lo sigue. Todo ello demuestra que lo conoce bien y que lo tiene en cuenta en todo momento.

En cambio, a Dugald Stewart, escocés (1753-1828), lo cita con profusión y lo sigue especialmente en su doctrina sobre la Lógica. En el capítulo sobre las percepciones intuitivas (134), lo nombra en su calidad de antecesor de Tomás Brown en la cátedra.

Al tratar del análisis de los actos de la conciencia (135), cita Bello a Dugald Stewart, cuando recalca que un recuerdo no es un acto simple. Supone representarse el suceso y después localizarlo en el tiempo. ¿Percibimos las relaciones de anterioridad sin la idea de duración y tiempo de acuerdo con Stewart? Si se quiere decir que la noción de anterioridad puede separarse de la *anamnesis* que la produjo, de acuerdo; pero, si quiere decir que no nace de la *anamnesis*, es inadmisibles. Para Stewart es induditable que podamos representarnos un suceso sin referirlo a ninguna época, cosa incomprensible para Bello.

En el capítulo sobre la materia (136), Bello se admira de que Dugald Stewart haya mirado con ligereza la semejanza existente en la doctrina de los *Vedanti* y Berkeley.

Pero donde cita con mayor intensidad Bello a Dugald Stewart y sigue en gran parte es en la Lógica. Así, en el capítulo sobre los conocimientos (137), dice, siguiéndolo, que los juicios implícitos se reducen a dos clases: 1ª. Los elementos de

la razón humana, como el juicio de la propia identidad o la distinción entre las afecciones originales y la *anamnesis*, y 2ª. Los axiomas, como que el todo es mayor que cualquiera de las partes, o que una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo. Los axiomas no son principios, premisas; son como los cimientos. mientras los teoremas son como las piedras del edificio. La sustancialidad de los cuerpos no es un axioma. Sin embargo, somos compelidos a creerla.

En el capítulo sobre los juicios demostrativos (138), Bello cita a Dugald Stewart, que, a su vez, cita a Juan Wallis, inglés (1616-1713). La inducción completa o rigurosa no es un silogismo en *darapti*, porque ni siquiera es un silogismo. Parecida refutación mantiene Bello en el capítulo titulado *Del raciocinio en materia de hechos* (139).

En un apéndice a este mismo capítulo (140), establece Bello la diferencia entre la experiencia y la analogía en relación con otro pensador y Stewart, con el ginebrino Pedro Prevost (1751-1839). Originalmente, experiencia significó lo mismo que analogía, pero el uso aplica a esta palabra a semejanzas distantes. Conocimientos experimentales son para Prevost y Stewart aquellos en que está perfectamente definida y circunscrita la causa. Bello, sin embargo, se lisonjea de sostener que no hay diferencia entre el concepto de analogía de Prevost y Stewart y el suyo. Las objeciones recaen sobre la manera de expresar los conceptos de los procedimientos experimentales y analógicos.

En el capítulo sobre las materias a que se aplica el raciocinio demostrativo (141), muestra Bello a Stewart analizando la fórmula que expresa la relación entre coeficientes y exponentes y cómo ésta se verifica en todos los casos hasta donde se lleva la tabla de potencias por medio de sucesivas multiplicaciones.

En el capítulo sobre el raciocinio en materia de hechos (142), Bello cita a Stewart a propósito del sistema copernicano, que era en la mente de su autor una mera hipótesis. Después hace una reflexión sobre la multiplicidad y la simplicidad. Esta última pertenece a la infancia, mientras aquélla a la madurez humana. Para el conocimiento de los hechos, son necesarios las observaciones y los experimentos. Pero ellos son apenas un paso preliminar. Hay que reducir los hechos particulares a otros más simples y comprensivos.

En el apéndice titulado *De la análisis y la síntesis* (143), comienza Bello diciendo:

"En lo que voy a decir sobre estos dos métodos racionativos seguiré desde luego paso a paso al ilustre profesor de Edimburgo, tantas veces citado".

Se trata de Dugald Stewart.

Igualmente declara Bello, cuando trata de las causas de error (144), que tendrá a Stewart como guía.

En menor grado, influye en Bello Tomás Brown, escocés (1778-1820). Algunas veces lo sigue y otras lo refuta.

En el capítulo sobre las percepciones intuitivas (145), Bello se refiere a él como "el profundo y sagaz Tomás Brown, sucesor de Dugald Stewart, en una de las cátedras de filosofía de la Universidad de Edimburgo". Para Brown, conciencia y percepciones intuitivas son una y misma cosa. Pero es necesario distinguir entre experimentar y experimentar que se experimenta. Se trata de dos estados diferentes: el de la sensación y el de la conciencia. "Yo tengo conciencia de una sensación" no es una tautología, como pretende Brown, equivalente a "Tengo una sensación". La segunda es conciencia de una sensación; la primera, conciencia de la conciencia.

Al tratar de las percepciones sensitivas internas (146), confiesa Bello que adopta las ideas y el lenguaje de Brown. El esfuerzo pertenece al cuerpo; la volición, al alma. Quizás no todo esfuerzo provoca una sensación correspondiente.

En el capítulo *De la relación de extraposición* (147), reconoce Bello que Tomás Brown aportó nueva luz a la doctrina de la extensión, demostrando cómo el tacto es insuficiente para explicar la extensión, por lo que postula el sentido del esfuerzo. Sin embargo, reconoce Bello que en este punto Destutt-Tracy y Brown dejan incompleta la explicación.

Al tratar de la vista como significativa del tacto (148), dice Bello que si se hablara un solo idioma en todo el mundo, creeríamos en una conexión natural, no aprendida, entre las ideas y las palabras.

Brown observa —dice Bello— que semejante ilusión se da en la visión y así hablamos del "lenguaje universal de la vista". Entendemos este idioma, no porque sea natural, sino porque lo hemos aprendido, como la lengua materna.

En el capítulo titulado *De la sugestión de los recuerdos* (149), se cita a Brown con lujo de detalles. Mientras la semejanza se reduce, según algunos, a la simultaneidad o coexistencia, para

Brown se reduce a contigüidad, no de cosas externas, sino de ideas en la memoria. El vestido de una época nos trae a la memoria algún personaje célebre: una valona, a la reina Isabel.

"El mismo distinguido filósofo", Brown, coloca como fundamental la sugestión de oposición o contraste: un palacio recuerda una choza, una cuna el sepulcro... Es decir, cada cualidad recuerda su contraria. Sin embargo, un adulator de la corte no atribuye a sus "héroes" virtudes totalmente contrarias a sus defectos —sería torpeza hacerlo—, sino aquéllas que no están totalmente alejadas de la verdad.

Al tratar de los racionios demostrativos (15)), compara Bello a Brown con Condillac y dice que el concepto y explicación de estos dos pensadores a propósito del racionio adolece del mismo defecto: se repite en ellos la doctrina escolástica. Además, reduce el racionio al entime-ma y le da una forma redundante y pedantesca...

Semejantes reflexiones sobre el racionio vuelve a plantear Bello sobre Tomás Brown en el *Curso de filosofía* por N. O.R.E.A. (151).

Guillermo Hamilton (1788-1856) está considerado como el continuador de Tomás Reid en la escuela escocesa. En Lógica es conocido por la doctrina de la cuantificación del predicado. No lo tiene en cuenta Bello en su obra, al menos en cuanto a citas directas se refiere.

Resumiendo con Gaos (152):

"esta escuela parece que representa para Bello nada más el estado actual de la ciencia psicológica y lógica, y más una orientación epistemológica, bien que fundamento, que la fuente de sus ideas concretas más filosóficas y más importantes".

OTRAS RAICES

Condillac (1715-1780).

Tras la magnífica orgía metafísica desatada por el cartesianismo, el humilde sensualismo de un Condillac cultivará esas florecitas, humildes a los ojos de los metafísicos, que son las estructuras del lenguaje, y no desdeñarán ni Condillac ni Destutt de Tracy el escribir gramáticas que sobre las palabras traten, en vez de largas disquisiciones sobre la sustancialidad de las ideas trascendentes (153).

Uno de los biógrafos de Bello nos dice lo siguiente:

"Habiendo conocido en un ejemplar del tomo I del *Cours des Etudes* de Condillac (hacia 1810), llegado casualmente a sus manos, la teoría del verbo de este filósofo, procuró aplicarla al verbo castellano, lo que le hizo descubrir su insuficiencia y falsedad" (154).

Como observa Gaos (155), es el tercero de los filósofos nombrados por Bello, pero casi siempre que lo nombra a él y a su escuela sensualista es para repudiar sus doctrinas, ya que ve en todas las operaciones del alma sólo una sensación transformada:

"Veamos, pues, en qué sentido puede admitirse que todas las operaciones del entendimiento y de la voluntad son sensaciones. Cuando Condillac y sus discípulos pretenden, por ejemplo, que juzgar es sentir una relación, no pretenden ninguna nueva analogía entre *juzgar* y *sentir*, entre la afección del alma que nace directa y espontáneamente de la simultaneidad de otras dos afecciones, y consiste en percibir una relación particular entre ellas. Su doctrina, por consiguiente, o exagera la débil semejanza que percibimos entre estas dos cosas, y da un sentido demasiado literal o una metáfora, o se reduce a duplicar el significado de la voz, de manera que contenga con igual propiedad a la sensación y al juicio, sin que por otra parte se nos haga ver nada nuevo en esta segunda oposición. Lo mismo podemos aplicar a la intuición simple, al deseo y demás operaciones del alma. Pero generalizada así la voz *sensación*, ¿qué nos dice aquel pretendido teorema de metafísica, sino que las afecciones espirituales son afecciones espirituales? Ni alcanzo que este nuevo valor de la voz contribuya en algo a mejorar la nomenclatura psicológica. Tomar la palabra *sensación* en el sentido general de *pensamiento*, incluyendo en ella aun los actos de la voluntad, es violentar el lenguaje sin hacernos avanzar un paso en el conocimiento de nuestro espíritu y confundiendo cosas que estos mismos filósofos y todos los hombres reconocen como diversas. La simplicidad que esta doctrina de Condillac parece introducir en la teoría del espíritu humano es enteramente ilusoria" (156).

Poco más adelante (157), dice que Condillac, junto con Locke, Berkeley y otros eminentes filósofos, cae en la tentación de usar los nombres abstractos, debido al prestigio de que éstos gozan.

En el capítulo sobre los racionios demostrativos (158), dice Bello que Condillac cree que todo racionio se reduce a una sola operación intelectual: a sacar de un juicio otro juicio, contenido en aquél.

En el escrito *Elementos de ideología* (159), reconoce que hay cosas útiles que aprovechar en la obra de Condillac.

Resumiendo con Gaos (160), Condillac y sus seguidores ven en todas las operaciones del alma sólo una sensación transformada, pero todo el sistema consiste en variar el significado de la

palabra sensación. Por otra parte, la obra de Condillac contiene graves errores y se reduce a una posición monista.

Los ideologistas

Los ideologistas prolongaron el sensualismo de Condillac (161). Bello aprovecha de ellos ciertos aportes, pero, en general, se declara independiente y hasta adverso a ellos.

Antonio Destutt de Tracy, principal representante de la ideología, se interesa por explicar el origen y formación de las ideas. No sólo examina las facultades relacionadas con las ideas, sino también la expresión de estas últimas y, para este fin, compone una lógica y una gramática, las cuales concibe como ciencias de las significaciones de los signos del lenguaje y de sus respectivos engarces.

Pedro Cabanis es un ideologista cuya teoría de las ideas se puede catalogar de reduccionismo fisiologista, pues explica el pensamiento simplemente como una función de la actividad cerebral.

Bello se refiere especialmente a Pedro Cabanis, francés (1757-1808), a quien nombra de pasada varias veces, y a Antonio Luis Destutt de Tracy.

En el capítulo titulado *De la vista como significativa del tacto* (162), cita la obra de Cabanis a propósito de que algunos animales, antes de toda experiencia, se dirigen a los objetos táctiles colocados ante su vista. Expone experimentos hechos con pollitos. Esto tomado de la obra de Cabanis *Rapports du physique et du moral. Second Mémoire*.

En el capítulo sobre las ideas-signos (163), dice que Cabanis en su obra *Memorias sobre las relaciones entre lo físico y lo moral del hombre* aporta notables ejemplos del prestigio de las ideas-signos metafóricas. El hecho, por ejemplo, de que en la vejez las impresiones recientes se borran fácilmente y, en cambio, las de la niñez recobran viveza y nitidez, se explica, según Cabanis, por la blandura del cerebro en la infancia y por el limitado número de impresiones que tiene el cerebro entonces. Pero Bello objeta que esto es pura metáfora al confundir el signo con el significado, el cerebro con una pulpa.

De Antonio Destutt de Tracy, francés (1754-1836), dice, a propósito de la relación de extraposición (164), que fue el primero que clarificó la idea de lo extenso, que un cuerpo es extenso porque consta de partes y porque es preciso cierto

movimiento para pasar de una parte a otra.

En cambio, en el capítulo *De las ideas generales* (165), se enfrenta al ideologista, no sin antes lamentar tener que hacerlo:

“Cuando me siento obligado a separarme de la opinión de tantos filósofos eminentes, no puedo menos de desconfiar de mí mismo, por poderosas que me parezcan las razones que militan a mi favor. Debo decir con todo, que cuanto más medito el asunto, más me convenzo de que los escritores a que aludo han adoptado sin suficiente examen las doctrinas de las escuelas”.

La idea general no se forma, como pensaba Destutt de Tracy, de la percepción de los caracteres comunes de las cosas, sino de un trabajo de abstracción de la mente que fija su atención en ciertas cualidades particulares de los objetos.

El eclecticismo

No es extraño que Bello se interesara por esta escuela, pues estuvo de moda en la América Española, según Gaos (166). Bello rechaza de esta escuela la idea del yo, de la sucesión, de la duración y de la causalidad.

En el escrito titulado *Refutación del eclecticismo*, de Pedro Leroux (167), parte de la definición misma de eclecticismo. Eclécticos, según la Academia, son los filósofos que, sin adoptar un sistema, escogen las opiniones más verosímiles. Según Diderot (1713-1784), el eclecticismo es la filosofía de todos los hombres sensatos desde el principio del mundo. Pero Bello considera que el problema comienza cuando el eclecticismo se convierte en un sistema. Según Leroux, francés (1798-1871), el eclecticismo sistemático es contrario a la idea misma de filosofía. Es imposible admitir que alguien pueda ser filósofo sin tener un sistema. Todos los filósofos lo han tenido.

Aunque Bello cita a varios eclécticos: Francisco Guizot, francés (1787-1874) y Abel Villemain (168), francés (1790-1870), el que estudia y explota es realmente Víctor Cousin. Según Cousin (169), en el juicio que revela el yo hay dos cosas: la modificación, que la vemos, y la sustancia, que no la vemos. Pero Bello replica que ello es imposible, pues las modificaciones son la sustancia misma modificada. Este error proviene del prestigio que tienen los nombres abstractos.

En un apéndice al capítulo sobre la sucesión y coexistencia (170), relata Bello que Cousin acusa a Locke de confundir los conceptos de sucesión y

duración. Bello distingue, pero no a la manera de Cousin. Para Bello, duración es una serie de sucesiones; esto es, la sucesión es una parte integrante de la duración.

En el capítulo sobre la relación de causa y efecto (171), dice Bello que Cousin confunde dos sucesiones sucesivas con la sucesión de dos sensaciones.

Para Hobbes y Locke, efecto y causa equivalen a fenómeno superviniente y fenómeno antecedente. Cousin impugna este principio: ¿no hay en el primer fenómeno un *no sé qué* a que debe referirse el segundo fenómeno? Pero el *no sé qué*, replica Bello, no es otra cosa que sucesiones constantes intermedias.

¿Se dan causalidades independientes en número infinito? Cousin propone como ejemplos el querer oír una sonata y el oírla de hecho o el querer pronunciar vocales y el producirlas de hecho. Pero replica Bello: ¿qué significan las palabras *causa, efecto, producción*? ¿No se reducen a sucesiones intermedias constantes?

Pero también concuerda Bello con Cousin. Tenemos la idea de causa. El espíritu ve entre la causa y el efecto un vínculo necesario. Este vínculo es un principio instintivo, no empírico.

En el capítulo sobre los conocimientos (172), en una nota, dice Bello que Cousin ha hecho ver del modo más luminoso que la certidumbre de los juicios empíricos no se debe toda a la experiencia, sino al concurso del principio empírico.

Más adelante (173), dice Bello que Cousin distingue entre antecedentes psicológicos de los conocimientos humanos y antecedentes lógicos.

También (174) cómo los juicios sintéticos son independientes de la experiencia y cómo la división de lo necesario y lo contingente es la verdadera división de todos nuestros conocimientos.

En el escrito *Refutación del eclecticismo* (175), cita a Leroux cuando afirma que Cousin lució con brillo extraordinario durante dos años en la Facultad de Letras a su regreso de Alemania. Pero señala Bello numerosas contradicciones en la obra de Cousin debido a las sucesivas influencias que recibió este autor. Cousin creyó que el eclecticismo era el único método razonable en filosofía. Filosofía y física no se distinguen sino por los distintos fenómenos que observan. Bello hace ver que Cousin no entendió qué cosa es filosofía.

Jaime Balmes (1810-1848)

A Balmes lo cita Bello al estudiar la relación de extraposición (176), donde discute y acepta en parte el concepto balmesiano de espacio, y en los tres escritos filosóficos dedicados al filósofo español.

Al comentar en "El araucano", diciembre de 1845, la obra de Balmes, *El protestantismo comparado con el catolicismo* (177), dice que este autor goza de una lógica convincente, un estilo animado, una persuasiva elocuencia, una rica variedad de conocimientos "al nivel de las más altas reputaciones literarias que posee la España". Su pluma hermosea las cuestiones que toca, las trata con novedad y maestría, y en ninguna parte traspasa los límites de la moderación y urbanidad.

Escribe Bello dos artículos sobre la filosofía fundamental de Balmes: uno lo publicó en "El Araucano" durante el año 1848 en tres artículos separados, y el otro que permaneció inédito hasta que lo publicó Amunátegui en el volumen VIII de las obras completas, edición chilena.

Llama la atención que, cuando Gaos se refiere a la relación entre Balmes y Bello (178), parece desconocer la existencia de estos dos escritos.

La temática enfocada por Bello a propósito de Balmes se centra principalmente en cuestiones relativas a la esencia y objetivos de la filosofía (179), al lenguaje, a la sensación, etc. En el texto inédito (180), se examinan las posiciones entre idealistas y materialistas, con apreciaciones sobre Berkeley, y se puntualizan algunos conceptos sobre la extensión y el espacio.

Otros autores

En el volumen filosófico de Bello se pueden encontrar citados otros muchos autores. Mencionándolos en cierto orden cronológico, tenemos la siguiente relación.

Claudio Galeno (s. II), como inventor del tipo de silogismo:

"Los gobiernos en que los representantes del pueblo hacen las leyes, son gobiernos democráticos; algunos gobiernos que tienen rey son gobiernos en que los representantes del pueblo hacen las leyes; luego algunos gobiernos democráticos son gobiernos que tienen rey".

A estos silogismos se los ha llamado de la primera figura; pero Galeno, su inventor, los

consideraba de diferente figura (181). Hoy se sabe que Galeno no inventó este tipo de silogismo.

Lope de Vega (1562-1635), como autor de unos versos en que se expresa el uso primitivo de *tanto y cuanto* (182):

"Cuanto contento encierra
Cantar su herida el sano,
Y en la patria su cárcel el cautivo;
Tanto en cantar mi libertad recibo".

Fenelón (1651-1715), como asociado a Descartes, Leibniz y Clarke en la doctrina sobre el espacio (183).

Voltaire (1694-1778), como autor de la expresión: "Si no existiera Dios, habría que inventarlo"; ya que, sin esa creencia, las obligaciones morales carecerían de su más eficaz sanción (184).

Rousseau (1712-1778), es citado a propósito del libro de Leroux (185), libro recomendable por sus doctrinas generosas y consoladoras, por el rigor de su estilo..., cosas que la filosofía había olvidado desde la edad de Rousseau. Este autor también le da a Bello ejemplos de la influencia de los hábitos contemplativos e imaginativos, así como sobre la atención y el recuerdo (186).

D'Alembert (1717-1783), es citado incidentalmente (187) a propósito de la doctrina de los axiomas. Estos, lejos de ocupar el primer lugar en las ciencias, ni siquiera merecen ser citados de manera estricta.

A Guillermo Paley, inglés (1743-1805), lo cita en una nota (188) en el capítulo sobre la causa y el efecto. Se le rechaza el argumento de la unidad divina, pero se le apoya a propósito de la providencia divina. La razón nos hace atribuir a la esencia divina el plan y designio de las cosas creadas. Según esto, la Causa Primera sería un Congreso de Dioses. La Providencia Divina, empero, atiende al bienestar y felicidad de las criaturas.

A De Gerardo, francés (1772-1824), lo cita en *Elementos de ideología* (189), junto a los nombres de Condillac, Destutt Tracy, Cabanis, etc., para indicar la necesidad de aprovechar lo útil que hay en las obras de estos autores.

A Jorge Campbell, inglés (1719-1786), lo cita en el apéndice titulado *Ideas erróneas de Reid y Campbell sobre la analogía* (190) a propósito de que la analogía rara vez refuta, pero repele frecuentemente la refutación.

A Juan Bautista Say, francés (1767-1837), lo cita a propósito de los ratiocinios demostrati-

vos (191): "De que el precio sea la medida del valor de las cosas, y su valor la medida de su utilidad", no se sigue que, subiendo violentamente el precio, se aumente la utilidad.

Al barón de Cuvier (1769-1832), lo cita en el capítulo *De la materia* (192). El hombre que más ha conversado con la materia, que más la ha contemplado, dudaba de su existencia. Dice Cuvier que la impresión de los objetos exteriores sobre el yo es un misterio impenetrable para nuestro espíritu;

"y el materialismo una hipótesis tanto más aventurada, cuanto es imposible a la Filosofía dar prueba alguna directa de la existencia efectiva de la materia".

A Teodoro Jouffroy, francés (1796-1842), lo cita además del ensayo titulado *Teoría de los sentimientos morales* (193), en otras cuantas citas sueltas. El interés que ofrece este autor tiene importancia para el pensamiento moral de Bello, que nunca llegó a sistematizar en forma escrita.

A Esteban Pariset, francés (1770-1847), lo cita a propósito de la metáfora de comparar la masa encefálica con una pulpa que se supone que permanece a pesar de la incesante renovación de las células (194).

Al libro de Ventura Marín, chileno (1806-187), *Elementos de la filosofía del espíritu humano*, le dedica un ensayo de igual nombre (195). En todo ese escrito, trata de estimular al autor, a pesar de las leves críticas que le hace. Dice que el trabajo de Marín pone a Chile al nivel de los estudios filosóficos europeos.

A Adolfo Garnier, francés (1801-1864), lo cita en el ensayo a propósito del curso de Filosofía de Rattier (196) y como refutado por éste a propósito de la afirmación de Garnier de que una sensación indiferente es una afirmación inexistente.

A María Estanislao Rattier, francés (1792-1845), le dedica uno de los ensayos (197), a propósito de su curso completo de filosofía. Reconoce que es una de las mejores obras para la enseñanza de la filosofía, a pesar de que ciertas afirmaciones suyas parecen aventuradas, de que la nomenclatura que usa tiene graves inconvenientes y de que su doctrina es incompleta, difusa y redundante a veces. No desea rebajar, sin embargo, el concepto que se tenía en Chile de Rattier. Reconoce que no es un mero abreviador o compilador.

Rattier divide las ciencias (198) en físicas y

metafísicas. Estas últimas se dividen en Psicología, Demonología, Antropología, Ontología, Teodicea, Ética, Filología, Gramática, Elocuencia, Civilización, Administración, Jurisprudencia y Pedagogía...

La Psicología trata de la sensibilidad o modificaciones del yo. En el curso (199) falta un análisis de los fenómenos de la sensibilidad moral. Llamar sentido íntimo a la conciencia no deja de ser una simple metáfora.

La actitud de Bello respecto a los sistemas filosóficos se puede apreciar en la introducción a sus artículos filosóficos aparecidos en *El Crepúsculo* en 1844 (200):

"Entre los problemas que se presentan al entendimiento en el examen de una materia tan ardua y grandiosa, hay muchos sobre los que todavía están discordes las varias escuelas. Bajo ninguna de ellas nos abanderizaremos. Pero tal vez, estudiando sus teorías, encontraremos que su divergencia está más en la superficie, que en el fondo; que, reducida a su más simple expresión, no es difícil conciliarlas; y que, cuando la conciliación es imposible, podemos a lo menos ceñir el campo de las disputas a límites estrechos, que las hacen hasta cierto punto insignificantes, y colocan las más preciosas adquisiciones de la ciencia bajo la garantía de un ascenso universal".

En síntesis, podemos delinear las fuentes del pensamiento de Bello de la siguiente manera:

a) Participa del espíritu de la Enciclopedia en cuanto se interesa por la totalidad de los saberes y en cuanto se ocupa con especial predilección por el lenguaje.

b) De la corriente gramatical de Port-Royal hereda la sistematización y, al comienzo, su racionalismo; pero, después, reacciona contra esta escuela para proclamar la peculiaridad de la gramática de cada lengua.

c) La presencia clásica grecorromana en Bello no pasa de los conocimientos generales que se adquieren en las aulas.

d) Bello tiene expresiones desdeñosas para la escolástica, aunque su filosofía presenta influencias del escotismo y del nominalismo.

e) El racionalismo, especialmente el cartesiano, está presente en la obra de Bello, pero en la medida en que lo está en el empirismo inglés.

f) Bello presta especial atención a Kant, aunque parece que sólo lo conoció a través de los escritos de Cousin.

g) Condillac tiene un puesto privilegiado en la obra de Bello, aunque nuestro autor no se refiere a él normalmente sino para criticar sus puntos de vista.

h) Bello se inscribe plenamente dentro de la tradición filosófica del empirismo inglés y su modelo preferido es Berkeley.

i) Con frecuencia recurre a los autores de la escuela escocesa, no para seguirlos en muchos puntos de vista, sino como marco de referencia de las investigaciones filosóficas.

j) En cuanto a pensamiento gramatical, Bello

se aproxima a Dugald Stewart en el rechazo de que el lenguaje y pensamiento coincidan. Influyen en él el angloamericano Lindley Murray y los españoles Salvá y Puigblanch.

k) En parte, se puede considerar a Bello ideólogo; en parte ecléctico; pero frente a todos los autores y corrientes, nuestro autor manifiesta una actitud crítica y un espíritu independiente y original.

NOTAS

- (1) Alonso, Amado, *Introducción a los Estudios Gramaticales de Bello*, pág. X s.
- (2) Bello Andrés, *Indicaciones...*, vol. V, pág. 71.
- (3) Andrés Bello y la lengua española. En "Revista Nacional de Cultura", No. 67; pág. 126 s.
- (4) Roseblat, Angel, *El pensamiento gramatical de Andrés Bello*, pág. 19.
- (5) García Bacca, Juan David, *Filosofía de la Gramática...* En "Revista Nacional de Cultura", No. 65, pág. 20.
- (6) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *Vida de Andrés Bello*, pág. 629.
- (7) Velleman, Barry L., *El influjo del empirismo inglés en el pensamiento gramatical de Bello*. En "The-saurus", tomo XXXI, No. 1, pág. 1 ss.
- (8) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.*, pág. 624.
- (9) Bernardini, Amalia, *Líneas sobre teoría del lenguaje...*, págs. 1 y ss.
- (10) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *loc. cit.*
- (11) Caldera, Rafael, *Andrés Bello*, pág. 89 s.
- (12) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.* pág. 624.
- (13) García Bacca, Juan David, *Introducción a las obras filosóficas de Andrés Bello*, pág. XXVI-XXVII.
- (14) *Id.*, pág. XXVII.
- (15) Gaos, José, *Introducción*, pág. XXVI.
- (16) Bello, Andrés, *De las causas de error*, pág. 538.
- (17) Bello, Andrés, *Del juicio y de sus varias especies*, pág. 318.
- (18) Gaos, José, *Introducción a "filosofía del entendimiento" de Andrés Bello*, pág. XXI.
- (19) Bello, Andrés, *De las causas de error*, págs. 537 s.
- (20) Gaos, José, *op. cit.*, pág. XX.
- (21) Bello, Andrés, *De las causas de error*, pág. 540.
- (22) Bello, Andrés, *De la materia*, pág. 365.
- (23) Pág. 507.
- (24) Bello, Andrés, *De la relación de extraposi-ción*, pág. 187.
- (25) Pág. 434.
- (26) Pág. 437.
- (27) Pág. 505 s.
- (28) Pág. 596.
- (29) Pág. 599.
- (30) Pág. 331.
- (31) Pág. 549.
- (32) Jiménez B., Julio, *Andrés Bello visto en cuanto filósofo*, en "Mapocho", IV, 3 (1965), pág. 38.
- (33) García Bacca, Juan David, *op. cit.*, págs. XVII
- (34) Pág. 34.
- (35) Págs. 434 ss.
- (36) Pág. 529.
- (37) Pág. 623.
- (38) *De la inteligencia de los brutos*, págs. 220 s.
- (39) García Bacca, Juan David, *op. cit.*, pág. XXIV
- (40) *Id.*, pág. XXIV.
- (41) *Id.*, pág. XXXIII.
- (42) *Id.*, págs. XXXIV ss.
- (43) Gaos, José, *op. cit.* pág. XXIV.
- (44) *De la relación de causa y efecto*, pág. 161.
- (45) *Id.*, pág. 162.
- (46) *De la relación de extraposición*, pág. 190.
- (47) Pág. 650.
- (48) Pág. 164.
- (49) *De la relación de extraposición*, pág. 190.
- (50) Pág. 386.
- (51) Pág. 587.
- (52) Pág. 594.
- (53) Gaos, José, *op. cit.*, págs. XXXVII ss.
- (54) Jiménez B., Julio, *op. cit.*, pág. 41.
- (55) Pág. 587.
- (56) *Filosofía fundamental de Jaime Balmes*, pág. 622.
- (57) *Literary Currents in Hispano America*, pág. 102.
- (58) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.*, pág. 628.
- (59) *Filosofía fundamental de Jaime Balmes*, pág. 624.
- (60) Pág. 129.
- (61) *Refutación del eclecticismo*, pág. 588.
- (62) Pág. 588, nota.
- (63) *Del raciocinio en materia de hechos*, pág. 502.
- (64) Pág. 126.
- (65) Pág. 126 y ss.
- (66) Pág. 142.
- (67) Bernardini, Amalia, *op. cit.*, pág. 5.
- (68) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.*, pág. 32.
- (69) Bernardini, Amalia, *op. cit.*, págs. 7 y ss.

- (70) Pág. 120 y ss.
 (71) Pág. 133 y ss.
 (72) Pág. 269.
 (73) Pág. 287 y ss.
 (74) Jiménez B., Julio, *op. cit.*, pág. 40.
 (75) Pág. 17.
 (76) Bernardini, Amalia, *op. cit.*, pág. 9 y ss.
 (77) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.*, pág. 634.
 (78) Pág. 209.
 (79) *Teoría de las percepciones sensitivas externas*, pág. 288.
 (80) Pág. 292 y s.
 (81) Pág. 636 y ss.
 (82) Pág. 366 y s.
 (83) Pág. 368.
 (84) Pág. 369.
 (85) Pág. 370 y s.
 (86) Pág. 373 y s.
 (87) Pág. 395.
 (88) Pág. 538.
 (89) Pág. 579.
 (90) Pág. 588.
 (91) Pág. 640 y ss.
 (92) *Op. cit.*, pág. XXVII.
 (93) Pág. 211.
 (94) *Op. cit.*, pág. XXIII y ss.
 (95) Pág. 530.
 (96) Bernardini, Amalia, *op. cit.*, pág. 11 y ss.
 (97) Pág. 548.
 (98) García Bacca, Juan David, *op. cit.*, pág. XXVI.
 (99) Pág. 149 y ss.
 (100) *Op. cit.*, pág. XLVIII.
 (101) *Op. cit.*, pág. XXV.
 (102) Pág. 160 y ss.
 (103) Pág. 190.
 (104) Pág. 502.
 (105) Pág. 66.
 (106) Pág. 483.
 (107) Pág. 427.
 (108) Pág. 419 y ss.
 (109) Pág. 475 y ss.
 (110) Pág. 482.
 (111) Pág. 265.
 (112) Pág. 518.
 (113) Pág. 593.
 (114) Pág. 594.
 (115) Pág. 595 y ss.
 (116) *Op. cit.*, pág. XXXI.
 (117) *Id.*, pág. XXXII.
 (118) Pág. 114.
 (119) Pág. 23.
 (120) Pág. 138.
 (121) Pág. 199 y ss.
 (122) Pág. 288 y ss.
 (123) Pág. 316 y s.
 (124) Pág. 369 y ss.
 (125) Pág. 395.
 (126) Pág. 396.
 (127) Pág. 499.
 (128) Pág. 528.
 (129) Pág. 537 y s.
 (130) Pág. 539.
 (131) Pág. 578.
 (132) Pág. 588.
 (133) Pág. 666.
 (134) Pág. 27.
 (135) Pág. 311 y ss.
 (136) Pág. 366.
 (137) Pág. 389 y ss.
 (138) Pág. 446.
 (139) Pág. 506.
 (140) Pág. 493 y ss.
 (141) Pág. 470.
 (142) Pág. 494 y ss.
 (143) Pág. 507 y ss.
 (144) Pág. 525.
 (145) Pág. 27 y s.
 (146) Pág. 57.
 (147) Pág. 177.
 (148) Pág. 214.
 (149) Pág. 329 y ss.
 (150) Pág. 455 y ss.
 (151) Pág. 607 y ss.
 (152) *Op. cit.*, pág. XXXVI y s.
 (153) García Bacca, Juan David, *Estudios sobre...*, pág. 48.
 (154) Amunátegui, Luis Miguel, *op. cit.*, pág. 426.
 (155) Gaos, José, *op. cit.*, pág. XXVIII.
 (156) *De las ideas-signos*, pág. 266.
 (157) *Id.*, pág. 265 y ss.
 (158) Pág. 454 y s.
 (159) Pág. 578.
 (160) *Op. cit.*, pág. XXVIII y s.
 (161) *Id.*, pág. XXX.
 (162) Pág. 200.
 (163) Pág. 263.
 (164) Pág. 17.
 (165) Pág. 238 y ss.
 (166) *Op. cit.*, pág. XXXVII.
 (167) Pág. 485.
 (168) Pág. 583.
 (169) *De las percepciones intuitivas...*, pág. 34.
 (170) Pág. 120.
 (171) Pág. 138.
 (172) Pág. 379.
 (173) Pág. 383.
 (174) Pág. 386 y s.
 (175) Pág. 583 y ss.
 (176) Pág. 188 y s.
 (177) Pág. 614.
 (178) *Op. cit.*, pág. XLIX.
 (179) Pág. 616 y ss.
 (180) Pág. 637 y ss.
 (181) *De los raciocinios demostrativos*, pág. 435.
 (182) *De la relación de igualdad y de más y menos*, pág. 99.
 (183) *Filosofía fundamental de Jaime Balmes*, pág. 650.
 (184) *De la relación de causa y efecto*, pág. 157.
 (185) Pág. 590.
 (186) *De la atención*, pág. 352.
 (187) *De los conocimientos*, pág. 393.
 (188) Pág. 163.
 (189) Pág. 578.

- (190) Pág. 499.
(191) Pág. 453.
(192) Pág. 374.
(193) Pág. 547 y ss.
(194) *De las ideas-signos*, pág. 264.
(195) Pág. 580 y ss.
- (196) Pág. 663.
(197) Pág. 657 y ss.
(198) *Id.*, pág. 659 y ss.
(199) *Id.*, pág. 682 y s.
(200) Amunátegui Aldunate, Luis Miguel, *op. cit.*,
pág. 624 y s.